

Los pequeños regalos conservan las amistades

Imaginaos un aseo. Un aseo con un lujoso lavabo de mármol más grande que la mayoría de las piscinas para niños, con un papel higiénico tan suave como las plumas de ganso, y al lado de un váter de porcelana de un color rosa brillante.

¿Os lo podéis imaginar?

Muy bien.

Pues ahora imaginaos a un chico encerrado en este lujoso aseo sacudiendo desesperadamente el pomo dorado de la puerta. Pero la puerta no se abre porque está cerrada por fuera.

¿Verdad que es una situación bastante lamentable?

¿Oís sus gritos desesperados pidiendo socorro?

Entonces ya sabéis quién soy. Me llamo Kai y soy el chico que se ha quedado encerrado aquí dentro. Lo que pasa es que no estoy solo.

¡Por desgracia!

A mi lado tengo a un tipo con antifaz negro, capa azul y un vestido ajustado de color naranja con un aspecto un poco ridículo. Pero tal vez eso no sea tan grave, porque solo yo puedo verlo. Nadie más puede hacerlo. Eso es una suerte para los demás y una desgracia para mí.



¿Os imagináis la situación? Pues este personaje grotesco que lucha contra las burbujas asesinas en una bañera de hidromasaje se llama Coolman. Me acompaña desde que cumplí los cuatro años, pero cuando realmente lo necesito no creáis que me sirve de ayuda. Todo lo contrario.

Por eso dejo de hacerle caso y continuo sacudiendo el pomo de la puerta y gritando tan fuerte como puedo:

—¡Ábreme ahora mismo, renacuajo!

Ya sé que esto no tiene demasiado sentido. El renacuajo es precisamente quien me ha encerrado en el aseo y no hay nadie más en la casa que pueda oír mis gritos.

Por eso estoy aquí. Para hacerle de canguro. El pobrecito tiene miedo de quedarse solo. ¡Es tan sensible!

—¡Abre de una vez, pedazo de alcornoque! —le grito de nuevo a la puerta blanca que tengo delante de mí.

Pero en lugar de recibir una respuesta, lo que oigo es que sube el volumen del televisor. Aunque no puedo ver el programa, no es difícil imaginar que no es nada adecuado para un crío de cinco años. Del aparato salen unos gritos aterradoros, y sé que el renacuajo no está viendo precisamente unos dibujos animados. Allá abajo, en la pantalla plana de tres por dos metros de la sala de

estar, se ve una película de terror que ni siquiera yo me atrevería a mirar.



Tengo que salir de aquí enseguida. Vuelvo a coger el pomo de la puerta y tiro con fuerza. La puerta no se mueve. Pero un pequeño detalle ha cambiado: el pomo se ha soltado y lo tengo en la mano.

Ahora sí que estoy perdido. Nunca saldré de este aseo. La mansión tiene cinco por lo menos, y pueden pasar semanas hasta que alguien pase por aquí para lavarse las manos. Mi única esperanza es que al menos no moriré de sed. Agua no me faltará, y el jabón parece comestible. Eso es lo que leí una vez en un libro de aventuras en el que un náufrago iba a parar a una isla desierta con un contenedor lleno de pastillas de jabón.



Ni había visto la ventana estrecha y medio abierta que hay junto al lavabo. Si me subo a él seguro que podré alcanzarla. Bajo la ventana debe de estar el jardín, y prefiero torcerme un pie al caer desde el primer piso que tener que pasarme toda una semana comiendo jabón. Así que pongo un pie encima del lavabo y extendiendo el brazo para agarrarme al marco de la ventana que, por suerte, parece más resistente que el pomo de la puerta. Entonces pongo el otro pie en el lavabo por un momento.

Solo por un momento.

Porque peso demasiado y el lavabo se rompe. Así que me quedo cogido con una mano al marco de la ventana mientras, por debajo, el agua de la cañería comienza a inundar el aseo. No penséis que son cuatro gotas, no. Se trata de un chorro abundante de agua.

Al mover las piernas, sin querer, le meto un puntapié a un cuadro que hay colgado de la pared. Afortunadamente, no parece ser uno de los óleos carísimos que decoran las paredes de la mansión. Aunque así fuera, sé muy bien que el agua no afecta las pinturas al óleo. Sin embargo, veo que los colores del cuadro del aseo se derriten. No creo que un cuadro como este pudiese costar mucho dinero, pero, en cualquier caso, ha quedado mucho mejor que antes.



Pero Coolman no ha tenido una mala idea. Porque mientras el aseo se va llenando como si fuese una bañera, consigo llegar a la ventana, sacar la cabeza fuera y después la espalda.

Bueno, al menos en parte.

Vamos, no del todo.

¡Me he quedado atrapado!

Por mucho que lo intente no puedo salir ni volver a entrar. Ahora sí que la he fastidiado. Estoy condenado a morir de hambre porque aquí arriba no tengo ni pastillas de jabón.

Tras pensar con calma en mi situación, me doy cuenta de que tengo tres opciones:

1. Puedo aguantar la respiración hasta ahogarme. Así la agonía será mucho más corta.
2. Puedo ponerme a gritar hasta que me oigan por todo el barrio y vengan los bomberos o los del periódico local.
3. Puedo esperar a que vuelvan a casa los padres del renacuajo y vengan a salvarme siguiendo el curso del río que nace en este aseo. O tal vez en lugar de salvarme, vengan a matarme. Seguro que el juez de cualquier tribunal se mostraría muy comprensivo en un caso como este.

Decido escoger la opción número tres. Eso significa que me lo tendré que tomar con calma ya que, seguramente, Lena y sus padres tardarán en volver a casa. ¡Exacto! El renacuajo que está delante de la monstruosa pantalla plana, tranquilo como un angelito, es el hermano pequeño de Lena.

Lena y yo salimos juntos un par de veces. Luego, lo dejamos... Después, volvimos... Y lo volvimos a dejar. Ahora ya no sabría qué decir. Fue todo un poco confuso. En cualquier caso, ella se enfadó mucho conmigo porque rodamos juntos una película y yo tuve más éxito. Por eso quería que ella...

Pero tal vez sea mejor que comience la historia desde el principio. Al fin y al cabo tengo tiempo de sobra. Así entenderéis por qué acepté este trabajo tan peligroso de canguro.

La verdad es que —¡sorpresa, sorpresa!— buena parte de culpa de todo este lío la tiene Coolman.

Así que vamos a lanzarnos a la máquina del tiempo. ¡Todos a bordo! Haremos un corto viaje al pasado, hasta hace una semana.

